

que trasapaban el corazón. Besó el crucifijo con grandes sentimientos de amor y pidió las medallas para ganar las indulgencias, y después dijo:

—«Padre mío, ¿no me quieren vendar los ojos?»

«Y como el padre le dijese que eso dependía de su gusto:

—«Si, Padre mío, dijo: es preciso que me los venden.

«Y mirando á los que se hallaban mas próximos, dijo:

—«Señores, lo confieso, soy un cobarde, temo morir. Cuando pienso en la muerte, tiemblo, me estremezco, se horroriza mi pecho; y si veis algun poco de constancia, atribuido á Nuestro Señor que hace un milagro para salvarme: porque forzosamente para morir bien en el estado en que estoy es preciso resolución; yo la tengo por Dios, que generosamente me fortifica.

«Después se metió las manos en los bolsillos para buscar su pañuelo y vendarle los ojos, y habiéndolo medio sacado lo apretó y rogó con mucha gracia á los que se hallaban debajo que le prestasen un pañuelo.

«Inmediatamente volaron por los aires dos ó tres. Cogió uno, saludó con mucha cortesía á los que los habían echado prometiéndoles rogar por ellos á Dios en el cielo, no estando en su poder hacerles otro servicio en el mundo.

«El verdugo vino para vendarle con este pañuelo, y como le hacia mucho mal poniendo dos nudos al pañuelo, él mismo se lo arregló mejor. Después colocó su cuello sobre el tajo que el lego jesuita habia cubierto con su pañuelo, porque estaba todo manchado de sangre.

«Preguntó al lego si estaba bien, y le dijo que era preciso que alargase un poco mas su cabeza hácia adelante, como lo hizo.

«Al mismo tiempo vió el verdugo que el cuello de la camisa no estaba quitado y que le oprimia la garganta, se adelantó para cortárselo, lo que habiendo sentido, preguntó:

—«¿Qué hay? ¿es preciso quitarse el cuello de la camisa?»

«Y se dispuso para quitárselo. Se lo quitaron pero fué preciso quitar mas tela.

«Habiendo colocado su cabeza sobre el tajo pronunció estas últimas palabras:

«*Mater gratia, mater misericordia, tu nos ab hoste proteget hora mortis suscipe* y después, *in manus tuas, Domine.*

«Entonces empezaron á temblar convulsivamente sus brazos aguardando el golpe, que le fué dado en lo alto del cuello demasiado cerca de la cabeza; de cuyo golpe no habiéndole partido enteramente el cuello cayó el cuerpo al lado izquierdo del tajo, el rostro vuelto hácia el cielo, meneando las piernas y levantando débilmente las manos. El verdugo quiso volverle para acabarle por donde habia

comenzado; pero asustado de la gritería que se alzó contra él de enmedio del pueblo, le dió tres ó cuatro puñaladas en la garganta y le cortó la cabeza que permaneció sobre el cadalso.

«Habiéndole desnudado el verdugo, llevó su cuerpo cubierto con una sábana al coche que lo habia traído: después colocó tambien en él á Cinq-Mars y sus cabezas que tenían todavía los ojos abiertos, particularmente la del señor de Thou que parecia hallarse viva. Desde allí fueron llevados á los Feuillantes en donde el señor de Cinq-Mars fué enterrado delante del altar mayor. El señor de Thou ha sido embalsamado y conducido en una caja de plomo para ser transportado al sepulcro de su familia.»

«Tal fué el fin de aquellas dos personas que regularmente debian dejar á la posteridad otra memoria que su muerte. Dejo á cada cual el formar el juicio que quiera; yo me contento con decir lo que ha pasado para leccion grande de la inconstancia y veleidad de la fortuna.»

Yo no sé si es posible hallar, por mucha imaginación que se tenga, cosa mas interesante que esta relacion en la que la verdad constituye todo el mérito. La imaginación es una diosa; empero la verdad es una santa.

LION MODERNA.

Si se quiere tomar una idea un poco honrosa de Lion es preciso llegar á él por el Saona; entonces, su aspecto triste, sucio y monótono visto desde los otros caminos, se presenta con un poco de grandiosidad y muy pintoresco.

Desde luego se presenta la isla Bárbara, hermosa fábrica que parece salir al encuentro del viajero para hacerle los honores de la ciudad. Si se quiere bajar, allí se encontrarán algunas ruinas antiguas, un pozo que la tradicion dice abierto por Cárlo-Magno, y los restos de una iglesia del siglo XII: después, continuando andando, se pasa al pie de la roca de Piedra-Scisa, que Agripa hizo cortar cuando construyó sus cuatro vias militares, de las que una se dirigia por la parte del Vivarés y las Cevennas, hácia los Pirineos, la otra hácia el Rhin, la tercera al Océano breton, y la cuarta á la Galia Narbonense. Un castillo fortificado, que servia de prision de Estado, se alzaba en otro tiempo sobre su cima. Nosotros hemos visto ya salir de esta sombría soledad, para ir á hacer su peregrinación de muerte á la plaza de Ter-

reaux, á los señores de Thou y de Cinq-Mars.

A trescientos pasos de Piedra-Scisa se halla otra roca coronada no de una prision de Estado sino de un hombre sin cabeza que tiene una bolsa en la mano.

Esta estátua es la de un valiente alemán, que consagraba una parte de sus rentas en casar á las doncellas de su cuartel. No sé si fué el agradecimiento de las mugeres ó la devoción de las doncellas la que le alzó este monumento; pero de seguro fué el rencor de un marido el que le puso en el deplorable estado en que se halla hace mas de diez años.

Cuando se ha pasado de la roca del hombre sin cabeza, se divisa á Lion en toda su longitud. Si se continúa siguiendo el río, se pasará por delante de la abside de la iglesia de San Juan, que es, creo, el único monumento que se encuentra sobre el camino: después se llegará al puente de la Mulatera, que marca la union del Ródano y del Saona. A la estremidad de este puente comienza el camino de hierro que va á San Estéban: el primer obstáculo que ha habido que vencer para establecerlo, es una roca que fué preciso horadar por trecho de doscientos pasos casi, y que forma una bóveda que es peligroso entrar en ella, como lo prueba esta inscripción que la prevision paternal del maire de Lion ha hecho colocar en uno de sus costados:

Está prohibido pasar por debajo de esta bóveda bajo pena de ser aplastado.

Esta recomendación por concisa que parece, desde luego no ha sido suficiente porque se han visto obligados á poner otra mas severa concebida en estos términos y que se halla al frente de la otra:

Está prohibido pasar por debajo de esta bóveda bajo pena de multa.

Si después de haber formado, gracias á estas dos inscripciones, una idea sumaria de los habitantes, se quiere formar una real de la ciudad se seguirá el camino de los Estrechos, donde Rousseau pasó una noche tan deliciosa y Mouton Duvernet un dia tan terrible, y se hallará á Nuestra Señora de Fourvières, virgen de gran nombradía y tan milagrosa como una madona romana. Desde allí se verá extenderse en primer término un conjunto de casas que hacen mas grises y sucias todavía los argenteados reflejos de los rios que la rodean: en segundo término llanos verdes y paisajes variados con algunos cerros: en fin, en tercer término la inmensa cadena de los Alpes cuyos nevados picos se confunden con las nubes.

A algunos pasos de la iglesia puede entrarse en la casa del abate Caille, desde cuyo terrado el papa Pio VII, durante su forzado

viage á Francia, dió su bendición á la ciudad humildemente postrada á sus pies. Además de este recuerdo religioso que suscita aquel terrado, desde su balaustrada se descubre á Lion en toda su mas grande estension.

Aunque la ciudad que se presenta á la vista sea, como hemos dicho, la patria de Filiberto Delorme, de Couston, de Coisevox, de Luisa Labbé, de Dugast-Montbel y Ballanche: aunque tenga una academia hija bien educada, decia Voltaire, que jamás ha hecho hablar de ella: aunque se glorifique con una escuela de pintura que nos ha dado á Dubost y á Bourbon, su genio es enteramente mercantil.

Punto de reunion de catorce grandes caminos y de dos rios que traen las mercancías y los productos, la divinidad de la ciudad es el comercio: no aquel comercio de los puertos de mar realizado mas con los peligros de una lejana navegacion donde el negociante es el capitán y los obreros los marineros: no el comercio poético de Tiro, de Venecia y de Marsella, á quien el sol de Oriente corona como una aureola, á quien las estrellas del Mediodia ciñen una diadema, las nieblas de Occidente un velo y los hielos del Norte un cinturón: sino el comercio estacionario, tranquilo, que se sienta detrás de un mostrador y se pone de codos sobre una mesa: que enervado por la falta de aire y embrutecido por la ausencia del horizonte roba al dia diez horas de trabajo y no da en cambio al hombre mas que la mitad del pan que solicita. Si, seguramente Lion es una ciudad animada y viviente; pero animada y viviente como un instrumento mecánico, y el tic tac de los telares es el solo latido de su corazón.

Así, cuando los latidos de este corazón se detienen faltos de trabajo, la ciudad no es mas que un cuerpo paralizado al que no se puede dar movimiento sino por la moxa de los pedidos ministeriales ó el galvanismo de los suministros reales: entonces treinta mil telares se detienen, sesenta mil individuos se quedan sin pan, y el hambre, madre de la rebelion, comienza á aullar en las calles tortuosas de la segunda capital de la Francia.

Cuando pasamos por Lion se hallaba en una de esas sangrientas crisis: sus calles se hallaban todavía destrozadas, sus casas viniéndose abajo, su empedrado ensangrentado: era la segunda vez después de tres años, que se repetia aquella terrible lucha de que algun dia, el menos pensado, nos despertará aun. Es que hay desgraciadamente revoluciones comerciales, como hay motines políticos: en política los hombres se envejecen, los espiritus se calman, las constituciones se concluyen: en comercio las necesidades son siempre las mismas que se renuevan todos los dias; porque no se trata de hacer triunfar utopias sociales sino de satisfacer necesidades físicas. Se aguarda después de una ley, se muerre á falta de un pedazo de pan.

Para colmo de desdicha, el comercio de Lion que hasta la presente ha aventajado á todos por su superioridad en su dibujo y por lo suave de su tejido, escediendo á la Inglaterra, á la Bélgica, á la Saboya, á la Prusia Rhiniana y á Austria: Lion, cuyos terciopelos luchan con los de Milan y con los gros de Nápoles y con los de Italia, acaba de ver establecerse una terrible competencia que le será difícil prever y que le será imposible impedir: la América y los doscientos millones de negocios que hace anualmente con la ciudad laboriosa abria ya como un punto de salida á 50.000.000, amenaza proveerse en lo sucesivo en otro manantial.

Hace tres ó cuatro años que no compran mas que muestras: esas muestras las trasportan á la China, donde la dulzura del clima permite al gusano de seda hilar su capullo sobre la morera misma y donde las pocas necesidades de los habitantes se satisfacen durante un año con el salario que en Francia basta apenas á tres meses. Resultado de esto es, que el pueblo chino desprovisto del gusto y variedad de la invencion; empero dotado del genio de imitar, llega en su dibujo y en su trabajo al mismo grado de valor que el obrero lionés; pero como la materia primera y la mano de obra es baratisima se economiza una tercera parte para el especulador americano y va á hacer sus provisiones á Canton.

Lion ofrece, pues, el aspecto de una inmensa manufactura y absorbe en su provecho todas las facultades de sus hijos. Así uno de ellos tiene una cabeza organizada para la mecánica, sueña en la reputacion de Jacquart y aplica toda su imaginacion al descubrimiento de algun telar: si otro nace pintor en lugar de envidiar la reputacion de Rafael ó Rubens encadena su lápiz en los contornos de un bordado: no se le permite reproducir en el lienzo mas que las flores de graciosas formas y vivos colores: no se aplaude de sus composiciones mas que las que representan ramos, guirnaldas ó flores: y en este arte que es un oficio puede ganar hasta 40.000 francos al año; es decir, mas que gana en diez años un buen artista como Ingres y Lacroix, y sin embargo, son los dos grandes genios de la pintura moderna.

Compréndese la infelicidad que aguarda á quien su vocacion arrastra hácia la poesia, la historia ó el drama; necesita una virtud mas que humana para luchar no solo contra la indiferencia sino contra el desprecio que acoge sus producciones. La aristocracia lionesa, compuesta toda de comerciantes que han pasado por el mostrador, no es menos indolente que la clase acomodada, é indiferente á todos los esfuerzos que el espíritu humano puede intentar en cualquiera otra direccion distinta de perfeccionar los tejidos y dibujo de las telas; tanto, que dos librerías bastan para proveer á la segunda capital del reino y un

solo teatro satisface la curiosidad de aquella populosa ciudad.

En medio de esta poblacion preocupada toda entera de los intereses materiales, no sabia, sin embargo, que debia encontrar encadenada en Lion por sus deberes de madre y de muger, una de esas organizaciones mas poéticas de nuestra época: Mad. Marcelina Valmore á quien conocia hacia muchísimo tiempo por sus obras, y hacia un año ó dos personalmente. La pobre poetisa desterrada que en París seria el honor y el orgullo de nuestros salones, se hallaba allí como si hubiese habitado el pueblo mas miserable de las Landas ó de la Bretaña, que se hubiera guardado muy bien de romper su incógnito por miedo de que la menor revelacion de su hermoso talento no la privase del trato del pequeño círculo que la rodeaba. Así me recibió como un hermano en el Dios desconocido en Lion, á quien ella no se atrevia á dirigir sino en la soledad de su morada humildes oraciones. A fuerza de atormentarla, logré hacer que abriese el cajon de su pequeña mesa de despacho en el que estaban ocultas á todos los ojos aquellas flores nacidas en la sombra y de las que me permitió llevar una de las mas frescas y recientes. ¡Qué humillacion para la ciudad de Lion si hubiese podido saber que al ruido de sus telares habian podido producirse semejantes versos! Felizmente se hubiese consolado al pensar que Mad. Valmore no era del comercio.

VIENA LA HERMOSA, VIENA LA SANTA, VIENA LA PATRIOTA.

Si Lion es como hemos dicho, el primer punto donde se encuentran, viniendo de París por el Borbonesado, huellas de la civilizacion romana, salido una vez de esta ciudad, el viagero que se dirigia hácia el Mediodia siguiendo el curso del Ródano, no cesa de caminar sobre aquella tierra, que la señora del mundo habia llamado sus hijos queridos, sus provincias predilectas. No es raro que los edificios de la edad media sobrepujen en número y en valor á los monumentos antiguos: casi todos los recuerdos que se encuentran, viven hace dos mil años, y las ruinas que quedan de aquella época se alzan tan gigantescas, que á pesar de hallarse desmoronadas, sofocan bajo su sombra todo lo que ha tratado de brotar allí: despues de todas las civilizaciones que sucesivamente han invadido el mundo en su marcha, ninguna ha hundido tan profundamente el suelo con sus raíces de piedra, ni se ha extendido á tan larga distancia,

ni tan altivamente levantado hácia el cielo.

Así, que aquel que camina hácia el Mediodia comienza á formar una idea exacta de la grandeza de aquel pueblo que edificaba ciudades para hacer alto sus ejércitos, que paraba el curso de los rios para hacer una cascada, y que dejaba colinas en donde habia aserrado las piedras de sus monumentos. De tiempo en tiempo, sin embargo, una gran ciudad ó un gran edificio gótico se proyecta ó se levanta sobre aquella tierra de la colonia: es Luis IX embarcándose cerca de las murallas de Aguas Muertas: el conde de Tolosa pidiendo perdón de sus culpas sobre los restos de la basilica de San Giles, ó el baron de los Adrets precipitando á los católicos desde lo alto de los muros de Mornas. Empero todo esto se borra, preciso es confesarlo, ante el arco triunfal de Orange, del pozo de Abeno-barbus, delante de las arenas de Arlés y la memoria de Constantino; en fin el Mediodia es tan hermoso, tan grande y tan romano, que Roma parece menos grande, menos bella, á quien ha visto el Mediodia.

Lion habia comenzado á familiarizarnos con el lenguaje de la antigüedad; porque á falta de objetos esternos habiamos encontrado en su museo la tabla de bronce sobre la que estaba grabada la arenga que Claudio pronunció, no siendo todavía mas que censor, para hacer conceder á su ciudad natal el título de colonia romana, y los cuatro mosaicos, de los que representa el primero una carrera de carros, el segundo Orfeo tocando la lira, y los otros dos una lucha del amor con el dios Pan.

Viena iba á enseñarnos algunos restos todavía en pie; en fin, Orange, Nimes y Arlés debian iniciarnos en todos sus misterios. Resolvimos, pues, detenernos uno ó dos dias en Viena, y saltando á tierra enfrente del hotel de la Mesa redonda, dejamos nuestro barco de vapor continuar con toda su rapidez hácia Marsella.

Que Viena haya sido, como dice el dominicano Lavigno, edificada por Allobrox, que reinaba sobre los celtas en el tiempo en que Ascalade reinaba sobre los asirios, y por consecuencia es contemporánea de Babilonia y de Thebas; que haya sido fundada, como lo quiere Juan Marqués, por un desterrado de Africa que abordó y habitó en las Galias en el momento en que reinaba Amasias en Jerusalem, y que por consecuencia haya precedido ochocientos años á la fundacion de Roma; que haya sido de fundacion autoctona ó que deba su nacimiento á la emigracion de una colonia, es fácil ver á primera vista que el punto que ocupa Viena es uno de los sitios destinados por la naturaleza y los hombres para construir en ellos sus ciudades. Abrigada por cinco montañas, que forman en derredor de ella un semicírculo, que la garantizan del viento del Norte y del Sol; regada del Este al Oeste por el pequeño rio, el Gera, que hace poner en movi-

miento sus molinos: limitada del Norte al Mediodia por el Ródano que se presenta ancho y espléndido llevando sus productos á la mar: Viena era ya la capital de los allobrox cuando Annibal bajó de los Pirineos, atravesó el Ródano y pasó los Alpes. De esta primera y misteriosa civilizacion contemporánea del vencedor de Trasimeno y del vencido de Zama, no quedan nada mas que una de esas piedras tan comunes en Bretaña y tan raras en el Mediodia. Aquel *peulvan* se halla tendido cerca de las llanuras de Viena sobre los límites de Velay y de Decéna, en el canton de Meyrieux: todas las demas fueron derribadas cuando la conquista de los romanos, ó al menos durante la estancia que hicieron en esta capital de la Allobrogia.

Desde esta época únicamente, es decir, á contar de sesenta años antes de Jesucristo, se puede analizar la ciudad y formar una idea exacta de lo que debió de ser. El recinto romano se halla todavía hoy perfectamente fácil de reconocer, porque los muros aun quedan en muchos puntos en pie, y donde no existen se pueden seguir sus cimientos. En cuanto á las piedras que faltan de las murallas han sido empleadas en construir las iglesias, el hospital y el colegio.

Detras de las murallas se alzaron un palacio imperial, un palacio para el senado, un panteon, un templo de Marte, un templo á la Victoria, un teatro, un anfiteatro y un foro; y para conservar sus conquistas, que Roma siempre celosa acababa de encerrar en su corona de piedras, en la cima de cada una de las montañas que dominan á Viena construyó una fortaleza.

Pronto fueron demasiado estrechas aquellas murallas y su poblacion se extendió por los dos lados. Casas, templos, palacios, se alzaron al Mediodia sobre el terreno donde se halla hoy el llano de la Aguja, y al Norte sobre el monasterio de Santa Colomba y San Roman. Entonces se echó sobre el Ródano el puente que unia el arrabal á la ciudad; cubriéronse sus colinas de ricas casas de campo, y se principió á hacer un anfiteatro: portentos de arquitectura se levantaron por todas partes; las praderas vistosas y caprichosas bajaron y subieron fantásticamente desde las orillas del Ródano. Entonces fué Viena llamada Viena la hermosa: entonces César la dió por armas el águila materna, y Augusto hizo de ella la capital del imperio romano en las Galias.

De esta segunda civilizacion quedan todavía en pie una parte de las murallas, un antiguo templo, la pirámide de Séptimo Severo, perfectamente conservada, y la torre de Pilato que va desmoronándose en el Ródano.

Hácia fin del cuarto siglo entró un hombre en esta ciudad toda pagana, solo y sin armas, empero portador de la palabra cristiana, y mas poderoso con esta palabra que lo hubiera sido un emperador con su ejército.

El Panteon que ponía el Norte de la ciudad bajo la protección de todos los dioses, pareció hundirse inmediatamente cual si un temblor de tierra lo hubiera arrancado por su base, y en el sitio que ocupaba se levantó una basílica bajo la invocación de San Esteban, primer mártir de la Iglesia.

A contar desde entonces Viena tomó una nueva faz; una nueva era había llegado para ella; la civilización cristiana que debía reasumirse en San Luis.... estendió sus primeras raíces en las grietas de los monumentos paganos.

Entonces los primeros reyes de Borgoña edifican su castillo sobre el palacio imperial, una torre cuadrada se eleva sobre el foro: la iglesia de San Gregorio y la catedral de San Mauricio salen de debajo de la tierra; la ciudad baja de las colinas y se aproxima al Ródano.

Al águila de oro con las alas tendidas sucede el escudo con el olmo de sinople cargado de un cáliz de oro coronado con la Hostia santa de plata en recuerdo de los reyes borgoñeses que hacían justicia bajo un olmo, y en memoria del concilio de 1314, en que fué instituida la festividad del Santo Cuerpo de Cristo: Viena la Hermosa se ha convertido en Viena la Santa.

La ciudad privilegiada conservó este nombre hasta el fin del último siglo; empero herida por el barón de los Adrets que mutiló la catedral, desmantelada por el cardenal de Richelieu que demolió su castillo de Labatia, surcada por los dragones de Luis XIV, olvidada por Luis XV y por Luis XVI, Viena que había conservado el recuerdo de los días de su prosperidad, aceptó con ardor la regeneración popular.

Al contrario de Lion que se había decidido por el partido realista, Viena se arrojó en la opinión republicana: confundiendo la religión con la monarquía renegó de sus costumbres sagradas, cubrió su pirámide con un gorro colorado, y Viena la Santa desapareció para dar lugar á Viena la Patriota.

Hoy, la metrópoli de los allobroges, la reina del imperio romano en las Galias, la capital de los dos reinos de Borgoña, no es mas que una ciudad de segundo orden, con casas mal construidas, con calles tortuosas y sucias. Largo tiempo buscamos por qué lado la miraríamos mas pintoresca. En fin, subiendo la montaña, en cuyo alto se hallan las ruinas del viejo castillo de Labatia, descubrimos por una abertura de sus muros una gran parte de la ciudad edificada á los dos lados del Gera, torrente verdoso que suavemente serpentea entre sus casas, en medio de cuyos techos, como Leviathan encima de las olas del mar, nada magestuosamente la catedral de San Mauricio; despues uniendo como por una cinta Viena á Santa Colomba, la hija y la madre, el puente de alambre tan ligero que parece una cuerda tirante de una á otra orilla del rio, mientras

que debajo de él una columna rota del antiguo puente romano levanta su cabeza fuera del agua y parece mirar asombrado á su elegante sucesor: en fin, á la estremidad meridional de la ciudad la pirámide aguda que unos creen haber sido el punto céntrico de la antigua ciudad, y otros el cenotafio de Séptimo Severo.

En aquel momento habíamos cogido el verdadero punto de vista del paisaje. En el primer término la ciudad cubierta de nubes de negro y blanquizo humo: en el segundo el Ródano brillante cual si llevase olas de plata fundida, y en el horizonte las montañas bañadas por el sol poniente, que parecía un tanto amarillento y tibio y anunciaba que por el lado de Mediodía venía á nuestro encuentro. Al primer golpe de vista notamos que desde ninguna otra parte abrazábamos un panorama mas completo. Así, pues, nos pusimos á nuestra tarea Jardin y yo; Jardin para sacar sus dibujos y yo para tomar las notas históricas que acaban de leerse.

Al bajar de nuestro belvedere que los habitantes de Viena llaman la montaña de Salomon, por corrupción de estas dos palabras latinas *salutis mons*, nos dirigimos hácia el museo que se iba á cerrar.

Felizmente nos encontramos allí al conservador Mr. de Lorme, que con esa cortesana hospitalaria que no se halla mas que en provincia, no solo nos permitió prolongar nuestra visita mas allá de la hora señalada, sino que tuvo la bondad de servirnos de cicerone y nos enseñó su bella colección de antigüedades. Sin embargo, por curiosos que fueran los restos reunidos en aquel antiguo templo que hoy sirve de museo, la primera cosa que atrajo mi atención fué un retrato moderno representando un joven, cuyo rostro me era conocido. Yo no podía acordarme, sin embargo, de su nombre para explicarme aquel cuadro, y lo pregunté á Mr. de Lorme que me respondió que era Pichalt.

Desde luego di con el pensamiento un salto atrás, de siete ú ocho años, y me recordé donde había yo visto aquella cara: era la noche misma de la representación de Leonidas, á quien la maestría de la obra, el talento de Talma y el modo maravilloso de ponerla en escena, dirigida por Tailor, habían hecho obtener una gran boga. Muy jóven todavía, y no esperando jamás llegar á aquel objeto que Pichalt acababa de alcanzar, despues de once años de espera y de estudio, había yo ido allí como un neófito á estudiar aquella primera obra muy ponderada entonces, muy olvidada hoy.

Al salir despues del quinto acto ví en el pasillo un jóven rodeado por las gentes, llevado en brazos de sus amigos. Tenía una hermosa y poderosa cabeza que se sentía llena de porvenir: la fiebre que le devoró despues brotaba de sus ojos, y sus cabellos echados hácia atrás descubrían una frente radiante de alegría. ¡Oh! ¡Al verle entonces pasar así,

riendo y llorando envié la suerte de aquel hombre! ¡Cuánto no hubiera dado por ser él! Porque ¿quién hubiera podido pensar entonces que aquel hombre tan lleno de ventura, que se creía un dios, no tenía mas que algunos días de vida, y que algun tiempo despues de él su obra, á quien Talma había dado una existencia tan rica, bajaría con él al sepulcro para no volver á salir mas de él? Porque ¿quién piensa hoy en Pichalt y en Leonidas sino soy yo que escribo estos renglones y que cerrando los ojos veo todavía pasar al uno y á la otra en mi recuerdo, como por la noche se ven pasar dos sombras? Estas preocupaciones modernas que se unían á otro orden de ideas del que me era necesario para visitar el museo de Viena, perjudicaron tal vez á las ruinas y á las antigüedades que tenía á la vista y de las que muchas son, sin embargo, bastante notables para merecer ser examinadas con cuidado.

Debe el museo su formación á un anticuario de quien ya una ó dos veces hemos pronunciado el nombre. A la edad de veinte y un años un jóven pintor abandonó su familia, marchó de Heringen á Thuringa donde había nacido en 1732; emprendiendo el viage á Italia para perfeccionar su talento por el estudio de los grandes maestros, pasó por Lion; llega á Viena y se detiene delante de una antigua ruina: suspende momentáneamente su viage para estudiarla: pasa de esta á otra: cobra grande amor á la ciudad capital de la Allobrogiá, fija en ella su morada por un mes, permanece en ella toda su vida y muere allí en 1813, despues de haber reunido en los cincuenta años que ha pasado allí la mas grande parte de los preciosos pedazos de antigüedades, que en su testamento legó á la ciudad.

Los mas notables de estos trozos, de que se encuentra el catálogo completo en la relación de Chorrier, son: un grupo de dos niños que se disputan la posesión de una paloma, grupo de veinte pulgadas de alto y encontrado en una escavación ejecutada cerca del nuevo mercado. Los anticuarios, que pretenden siempre que los antiguos han procedido constantemente por alegorias, han visto en esta acción, muy sencilla, sin embargo, una lucha del genio del bien y del genio del mal; otros un pequeño drama que no ofrece gran verosimilitud. Segun estos últimos los dos niños se hallaban ocupados en buscar nidos cuando uno de ellos encontró una vibora que le mordió en el brazo: un compañero se apresura á limpiar la llaga mientras que un lagarto le trae el contraveneno.

Lo probable es que este asunto es sencillamente una lucha de niños que quieren arrancarse un pájaro, y los animales, caprichosos accesorios del artista.

Despues una perra de mármol de Paros acariciando á su cachorro y que ha sido encontrada á una legua de Viena cerca de la granja de Marat. La ejecución de este trozo es en-

cantador; pero la cabeza y el hocico perdidos en un principio, se encontraron despues y se han pegado á la estatua. El cachorro, arrancado por algun golpe fuerte no ha podido ser encontrado.

En el vientre de la madre se ve el punto donde se hallaba pegado. Mr. de Don había ofrecido á la ciudad de Viena mil escudos por aquel mármol mutilado y todo como estaba. La ciudad ha rehusado venderlo.

Hay también la espalda de una estatua colosal de muger sentada, con las manos, las piernas y la cabeza mutiladas. En lo delicado de la ejecución y en todo lo que se ha podido apreciar por los detalles del vestido, en la ligereza, en el gusto de los paños, es fácil conocer una obra maestra griega. La opinión mas probable, despues del agujero que se ha encontrado en el cuello, es que fué hecho con objeto de colocar sobre las espaldas de esta Cibele ó Ceres griega la cabeza de alguna emperatriz romana.

Entre los ladrillos que se han encontrado, y que se hallan amontonados en un rincón del museo, los unos llevan el nombre de *Viviorum* y los otros de *Glarianus*. Había ya encontrado la firma de estos artesanos antiguos sobre materiales del mismo género con los que están construidos los baños en Aix.

El descubrimiento de la fecha de los monumentos de una de las dos ciudades podría fijarse por la de la otra. Uno de los ladrillos es muy curioso por una segunda firma, que es la del perro de uno de los trabajadores que había puesto sus patas sobre la arcilla fresca todavía.

El ladrillo fué metido en el horno, y sin que nadie lo creyese necesario, la huella canina ha sido conservada religiosamente cual una rúbrica de la firma.

Entre todos estos fragmentos hay una reliquia sangrienta de la edad media; es la piedra cuadrada en la que estaba encerrado el corazón del delfín, hijo de Francisco I, regalado á la ciudad de Viena por Enrique II. Enfermo ya desde Lion donde se había alojado en el convento de Santa Clara, al llegar á Tournon jugó un partido de pelota, juego á que era muy aficionado.

Acalorado con aquel ejercicio y olvidando la enfermedad que experimentaba hacia tres ó cuatro días, pidió un vaso de agua fresca. Sebastian de Montecuculi, que es preciso no confundamos con Raimundo de Montecuculi el vencedor de los turcos y el rival de Turena, le presentó el agua que pedía en una alcarraza de barro encarnado. El delfín bebió con ansia, cayó enfermo y murió al cabo de cuatro días.

Acusado de envenenamiento Montecuculi, fué llevado á Lion, entregado y puesto en el tormento: y no teniendo fuerza para resistirlo confesó cuanto se quiso: en consecuencia Montecuculi fué condenado á ser arrastrado por las calles y descuartizado.

La sentencia se ejecutó el día 7 de octubre de 1536, y exasperado el pueblo arrancó el cuerpo de manos del verdugo, hizo pedazos el cadáver y arrojó los pedazos al Ródano.

En 1547 el cuerpo del joven príncipe, que había permanecido en Tournon fué transportado á San Dionisio por orden de Enrique II. pero el corazón fué dejado á los cónsules de Viena con una carta del rey en la que les anunciaba que en consideración á los buenos sentimientos que la ciudad había manifestado por su hermano en la época de su muerte, había tenido á bien mandar que su corazón fuese enterrado delante del altar mayor de San Mauricio.

Allí permaneció desde aquel año hasta el de 93, época en que Viena la patriota, renegó del legado hecho á Viena la santa.

La piedra que encerraba el corazón del delphin fué sacada de su sepulcro, y el polvo que contenía arrojado al viento.

La piedra funeral fué recogida y llevada al museo, y un corazón de mosaico indicaba todavía el lugar donde estaba el verdadero corazón.

No nos separamos de Mr. de Lorme hasta que la falta total de luz del día nos impidió distinguir todos los fragmentes mutilados de otra civilización. Uno de los sentimientos más naturales en el hombre, es referir la época en que vive á tiempos en que otros hombres han vivido: es que el recuerdo nos ha sido dado para extender los límites de la vida, haciendo nuestra alma, sino nuestro cuerpo, contemporánea de todos los siglos.

Consagramos la mañana del día siguiente en visitar la catedral de San Mauricio, que es el más hermoso monumento gótico de todo el período en que Viena fué llamada la Santa. Ha sido comenzada en 1052 por los antiguos preladados de Viena, que eran tan ricos, que mientras para la construcción de un puente que debía reemplazar al antiguo que dirige de Viena á Santa Colomba, y que se había llevado el Ródano, el comendador de San Antonio daba 15 florines, el señor de Montluel 6, el preceptor Pedro de Salucio daba 400 y Laureton Baratonis, dean de la iglesia, 60.

Fuó terminada en 1513, año en que el baron de los Adrets, que debía mutilarla cincuenta años más tarde, nació en el castillo de la Frette. En efecto, el primer pensamiento de aquel apóstol terrible del protestantismo fué despojar la iglesia de sus ornamentos y hacer pedazos una parte de los santos del portal. Veinte y cuatro nichos están todavía vacíos á consecuencia de aquella ejecución, que pensó extenderse hasta la total ruina de la Iglesia.

En efecto, comenzaron á aserrar los pilares á fin de que su caída arrastrase consigo la del edificio: y para que los trabajadores en la demolición no fuesen aplastados por la

bóveda, debían sostener aquellas macizas columnas con pies derechos de madera á los que se pensaba poner fuego. El baron de los Adrets sabía, sin duda, por una antigua tradición, por qué ingenioso medio, el obispo Marcelo destruyó y derribó el templo de Júpiter que todos los esfuerzos de los obreros y todo el celo del gobernador no habían podido conseguir conmovier.

Tal cual ha quedado herida por la espada de su enemigo la iglesia de San Mauricio, es todavía una de las mejor conservadas de Francia. Es un rico edificio, cuya fachada enteramente pertenece al gótico florido: las bóvedas terminadas, cual hemos dicho, en el siglo XVI, están pintadas de azul con estrellas de oro. En cuanto á su forma, es la de una basílica terminada por tres absides.

El pavimento levantado al nivel de la entrada de la iglesia, fué en 1563 testigo de un combate entre dos caballeros, el uno florentino y el otro milanés. Ambos á dos se hirieron mortalmente: el milanés murió primero, lo que hizo que se le mirase como vencido. No he podido, por más investigaciones que he hecho, descubrir el motivo de aquel duelo que había autorizado y al que había asistido el duque de Nemours.

El antiguo puente, de cuya caída hemos hablado, existió durante mil quinientos ochenta y dos años, dicen los registros de la ciudad, porque había sido construido ciento setenta y cinco años antes del nacimiento de Jesucristo, y se lo llevó el Ródano el 11 de febrero de 1407. Era, si se ha de creer al historiador Champier, el puente más antiguo de las Galias, y fué Tiberio Graco el que, habiéndose detenido algún tiempo en Viena cuando marchaba á España, lo hizo construir el año 4588 del mundo. Entre diez y once de la mañana sucedió este accidente, que asegura Chorier fué precedido y acompañado de portentos. Se oyó correr sobre aquel puente caballos relinchando por la noche que precedió al día en que se lo llevó el Ródano. Toda la ciudad oyó á media noche murmullos, voces y gemidos: se vió un toro de una corpulencia maravillosa que dió algunas vueltas sobre la plaza de Santa Colomba, y que se desmayó al primer golpe de una campana que se tocó por sí sola. En fin, el arco que cayó primero era sobre el que se hallaba construída una capilla: la cruz de piedra que la coronaba, cayó también en el río, sobrenadó en las aguas que se negaron á tragarla, y la llevó sobre su superficie hácia el mar, cual si hubiera sido de madera. Se hizo, como hemos dicho, una cuestación ó suscripción para restablecer el puente, y Pedro Berger, Jacobo de Isembard, Guillermo Chamsaux y Juan de Borbon fueron nombrados maestros y rectores de la fábrica del puente del Ródano.

El comercio de Viena es el mismo que el de Louviers y el de Elbeuf: provee de paños

á todo el Mediodía, como estas dos ciudades proveen á todo el Norte: únicamente sus productos son menos finos, y de un valor más arreglado: los más hermosos paños que fabrica Viena, no pasan de 45 á 48 francos la vara. Las manufacturas donde los fabrican están situadas á las dos orillas del Gera, cuya corriente hace mover las ruedas de fuerza de ocho caballos.

Como nada nos quedaba ya que ver en Viena en atención á que habíamos visitado desde las murallas romanas hasta las modernas ruinas y que el único monumento que nos quedaba por ver, era el cenotafio de Séptimo Severo que se hallaba en el camino que debíamos seguir, nos pusimos en marcha, y al final de la ciudad, á la derecha, á cincuenta pasos casi de sus límites, vimos levantarse la pirámide que designa, sin ninguna razón plausible, el nombre que acabamos de darla.

Ninguna inscripción en hueco ó en relieve, ningún agujero indica que haya habido letras de bronce que denoten al arqueólogo una fecha ó un destino fijo de aquel monumento. Es una pirámide de cuatro caras con cuatro arcos, flanqueados cada uno con dos columnas, cuyos capiteles no están concluídos. El techo de la bóveda está formado con cinco piedras chatas, de gran dimension, reunidas sin argamasa como todo el resto del edificio, que probablemente se sostiene con garfios de metal: al menos al deseo de robar este material, se atribuyen las aberturas practicadas en el monumento. Es además muy sencillo pensar que los espoliadores, creyendo que contenía objetos preciosos, como algunas veces se han encontrado en los sepulcros antiguos, han hecho aquellas escavaciones con esta intención.

Mr. Schneider fué el que dió á esta pirámide el nombre que ha conservado. Hasta entonces se la había creído un monumento levantado á la gloria de Augusto ó una especie de mojón ó hito destinado á marcar el centro de la ciudad.

Aunque la forma arquitectónica adoptada para su construcción sea menos elegante que la del gran siglo de Roma, su parecido con la decadencia del arte en el imperio del Séptimo Severo y sus capiteles no terminados, decidieron á Mr. Schneider á fijar esta fecha: porque se sabe que Máximo, su sucesor, comenzó por aprobar los honores tributados á Séptimo Severo; pero no tardó en manifestar sentimientos opuestos. La influencia de estos sentimientos se harían hacer sentir hasta en las Galias, y el cenotafio por esto no sería concluído.

SAN PERAY.

Habíamos dejado nuestra silla de posta en Lion porque nos habían prevenido, que por los caminos que cruzaban el Mediodía nos sería imposible dar un paso por allí sin hacerla pedazos: de modo, que nuestros trabajos de trasportes y nuestro apuro comenzó en Viena, donde no encontramos para alquilar sino un carruajillo desmantelado que había sido en otro tiempo una diligencia. Nos vimos obligados á enganchar tres caballos á aquella terrible máquina de que hoy siento no haber sacado un dibujo para presentar á nuestros lectores una idea de aquel sistema de locomoción adoptado á doce leguas de la segunda capital de la Francia. Gracias al refuerzo de tiro, conseguimos andar en doce horas las quince leguas que separan á Viena de Tain. Llegamos allí molidos: al menos este era un resultado. Pagamos al instante nuestro carruaje que habíamos tomado para Valencia, mandando á nuestro conductor, que se adelantase á la mañana siguiente con nuestros equipages y prometiéndole que nosotros nos arreglaríamos para alcanzarle antes que él hubiese llegado.

A la mañana siguiente me levanté el primero para tomar noticias.

Al volver al hotel llevé á Jadin á la ventana, y le invité á que saludase á la colina que domina la ciudad. Jadin saludó de buena fé, y por lo que yo le había dicho; pero cuando le dije que aquellas eran las viñas de la ermita, por su propio impulso las saludó segunda vez.

Como casi todos los descubrimientos importantes, el de las cualidades maravillosas del terreno en que se cosecha hoy uno de los mejores vinos de Francia, fué debido á la casualidad.

Al principio del siglo XVII, un pobre ermitaño había establecido su domicilio en medio de las ruinas de dos templos y de la torre que Fabio, según el decir de Strabon, había hecho levantar cerca del campo de batalla donde venció al rey de los Arvernas.

La gran fama del santo hombre atrajo á muchas personas devotas; empero como la subida es bastante penosa y los fieles llegaban hechos un río de sudor, el bueno del ermitaño que no tenía para ofrecerles más que agua fresca y que temía no le sucediese lo que al delphin en Tournou, plantó algunos sarmientos de parra que al año siguiente dieron un vino, cuyo mérito apreciaron muy pronto los inteligentes. Se esparció la noticia y la multitud de devotos se aumentó de tal modo, que el ermitaño se vió obligado á plantar de viña toda la